

Prólogo

Ahora, abocada a mi senectud, me atrevo a agitar las neuronas de mi cerebro, para recordar los momentos pasados de mi vida.

Ha sido una vida plena, en que la imaginación, mi eterna e incansable compañera, no me ha permitido un solo instante de aburrimiento.

Hija de la posguerra, emigrante con mi familia a América, dejando España arrasada y sin posibilidades de tener estudios universitarios. Esa fue la gran ambición de mis padres, invertir en la educación de los hijos.

Buenos Aires nos acogió durante 15 años y allí mi hermano y yo estudiamos Medicina.

Revoluciones políticas nos hicieron abandonar América y volver al suelo patrio, a Málaga.

Terminamos las carreras en España, mi hermano en Cádiz y yo en Granada.

Aprendí una superespecialidad en radiología del oído en París, Burdeos y Estados Unidos.

La sana ambición heredada de mis progenitores me llevó a trasladarme desde Málaga a Barcelona, ciudad de mayor población, donde construí un pequeño imperio.

Mi trayectoria como profesional ha sido un *love affaire* con la Radiología, hasta que finalmente los años me hicieron retirarme para empezar otra vida.

Una vida que aún continúa, tratando de no desperdiciar el tan preciado tiempo.

He aprendido a bastarme por mí misma gracias a mis libros, los templos en los que me refugio para no caer en el tedio. Son ellos los que me contagian el ánimo y la alegría interior.

En el cementerio viejo de Sitges, al pie de un ciprés, está el panteón donde se hallan los restos mortales de mi familia, allí están los que se me han adelantado y me esperan. Ellos guardan un lugar para mis huesos, donde finalmente estaremos otra vez juntos para empezar la otra vida, la vida eterna.

1950, primeros recuerdos

Plaza de la Merced, Málaga

En el centro de la plaza de la Merced está el monumento al general Torrijos, combatiente contra el absolutismo de Fernando VII y que fue fusilado en Málaga. Era la plaza el lugar de encuentro de las madres con sus niños para tomarse la merienda, una botellita de leche y medio pan en el que había en el centro un hoyo lleno de buena miel.

Revoloteaba alguna abeja tras aquella dulce barquilla, mientras las madres hablaban entre sí y con el rabillo del ojo vigilaban a sus hijos.

Había hambre en España en la posguerra, algunos privilegiados todavía merendábamos, las niñas íbamos al colegio de las teresianas y los niños a los agustinos. Además, teníamos una criada para ayudar en la casa.

Vivíamos muy cerca de la plaza, en una casa de cuatro plantas sin ascensor, en el último piso, en la calle Gómez Pallete. Mi lugar de juegos era el cierre, un balcón cerrado con muchas ventanas desde el que se veía el mercado y se oían los pregones de las mujeres vendiendo la hierbabuena, el ajo y el perejil. Las golondrinas revoloteaban y, a veces, golpeaban los cristales con sus alas, como en las célebres rimas de Bécquer. Era un sitio en el que, sentada en una sillita, regalo de mi abuela, se podía echar a volar la imaginación.

Tiempos de pocos juguetes, casitas de cuentos de Calleja y la muñeca pepona para mecer en los brazos o hablar con ella de los puestos del mercado, de comprar, de vender.



La autora en Málaga a la edad de siete años.

Mi madre venía a verme de vez en cuando porque le daban miedo los ventanales del cierre, aunque sabía que yo era tranquila y que no me gustaba salir a jugar con otras niñas o montar en bicicleta. Yo las miraba desde mi atalaya y no sentía deseos de ir con ellas. Ya de pequeña mostraba mi independencia y un gusto poco común por la soledad.

Para ir al colegio me acompañaba nuestra criada y también me recogía a la salida. Un día recuerdo que vino muy tarde y fui la última en salir cuando ya no quedaba nadie. En aquel momento pensé que ya no vendrían por mí. A partir de ese día me daba miedo el colegio y lloraba mucho al entrar, por lo que las niñas me hacían burla. Un día, a la entrada en clase, llorando como era mi costumbre, mi maestra se dirigió a las alumnas y les ordenó:

—Reíos de ella.

Todavía oigo aquellas carcajadas. Desde entonces aquello marcó mi vida para siempre. Si algo no toleraría en adelante es que se rieran de mí.

Mi hermano volvía a la tarde del colegio y le recogía mi abuelo. Era muy inquieto. Mi madre decía que había tenido algunos ataques y temblores cuando era un bebé. Le gustaba más la calle y los amigos, por lo que lo veía poco. Tenía prohibido ir al ejido a jugar con otros niños del barrio, pero no solía ser muy obediente. Le regañaban a menudo. Recuerdo a mi madre persiguiéndolo por la casa y alrededor de la mesa camilla del comedor con una correa del pantalón de mi padre en la mano. En el colegio de los agustinos informaban a mis padres de su difícil comportamiento.

Mi mejor compañero de juegos era mi padre. Dotado de un carácter dulce y paciente. Por costumbre, luego del trabajo se acostaba a descansar. Tenía mi padre unas manos y unos pies muy bonitos, no muy grandes y suaves, a los que inclusive llegué a ponerles nombres, con los que inventaba historias plenas de imaginación e inocencia. Incluso a su cabeza la bauticé con nombre y apellidos.

Jugaba y les daba vida propia y argumentos distintos cada día como si fueran niños a los que además les hacía caminar con los dedos de las

manos o decir que sí con los dedos de los pies. A veces los imaginaba en la playa y les hacía saltar al paso de las imaginarias olas.

Las visitas a la casa por parte de la abuela paterna siempre se asociaban a la elaboración de dulces muy buenos. Los pestiños bañados con azúcar eran toda una fiesta. Daba gusto ver a mi abuela, con su pelo blanco recogido, arremangándose para amasar en un lebrillo de barro la harina y su levadura con la matalauva tradicional de los dulces en Andalucía.

Mi abuela materna, para no ser menos, nos hacía gachas con miel de caña.

También recuerdo las visitas de mis primas Pili y Chari, hijas del tito Antonio, hermano de mi madre, revoloteando por la casa como dos niñas traviesas. Pili era más inquieta y parloteaba con mi hermano que también se alegraba mucho de verlas.

El pan que entraba en mi casa durante la guerra venía de Río Gordo, un pueblo de Málaga, donde vivía mi tío Antonio y era Chari, mi prima, quien nos lo mandaba. Mi hermano, sin saber leer todavía, cada vez que veía una carta se ponía muy serio diciendo:

—Aquí dice que mandan un pan.

Entonces el tener pan en las casas era una fiesta.

Esta vida apacible con las visitas de los abuelos, los tíos, las primas y las comidas con olor a especias desaparecieron bruscamente. Nos íbamos a América. A mi padre lo llamaron de la casa Philips para fabricar tubos de rayos X en Argentina y no dudó un momento en aprovechar esa oportunidad.

Mi padre marchó primero a la Argentina en avión, lo cual fue muy criticado, ya que era solo un técnico en Radiología. Ese lujo no era admitido para según que niveles sociales, como por ejemplo los médicos con los que trabajaba.

A mi madre la llamó el mismo Don Antonio Luna, médico de gran prestigio de Málaga y su esposa, para hablar con ella y comunicarle su opinión al respecto. Otros tiempos en los que nadie debía excederse. Esos hechos injustos quedarían grabados en la mente de mi padre para siempre.

Pasamos un año en Málaga con mi madre y mis abuelos maternos y recibíamos de vez en cuando cartas de mi padre.

Mi abuelo Emilio era alto y guapo. No muy hablador en casa, era ese tipo de hombres que la simpatía la guardan para la calle y las amistades. Atractivo y noviero, alguna vez sus hijos lo habían sorprendido en el cine con alguna mujer, para luego contárselo a la abuela. Ella no se inmutaba y decía:

—Lo peor sería que me vierais a mí con un hombre.

Vivir con honor era su lema.

De mi abuela Josefa recuerdo su sobriedad en el vestir con su abrigo negro y sus guantes. Sus visitas eran frecuentes al cementerio donde sentía la paz que no disfrutaba en su casa. Era una mujer dulce y amable.

Había sido matrona estudiando por las noches con una vela encendida cuando encontraba el sosiego después del día de trabajo con cinco hijos. Cuando terminó la carrera la llamaban de los pueblos para el parto y a veces tenía que ir subida en una burra o en un caballo. En ocasiones tenía que quedarse varios días con la parturienta y contaba mi madre que la veían regresar por la ventana con la burra cargada de quesos, salchichones y dulces, señal que el parto había ido muy bien.

Mi abuela llevaba su regazo lleno de *perras gordas y chicas*, la moneda de entonces, siempre dispuesta a darnos un poco de dinero para comprar pipas, zara o regaliz, de las pocas golosinas que había en esa época.

Muchas veces le decía a mi madre refiriéndose a las travesuras de mi hermano:

—A este niño le hace falta su padre.

Mi madre nos contaba historias vividas en la Guerra Civil. Había estudiado en el Hospital Noble con un gran maestro, D. José Gálvez Ginachera, un hombre excepcional como ginecólogo, obstetra y sobre todo como persona. Era muy disciplinado con la asepsia del quirófano, capaz de expulsar de inmediato al que no cumpliera las reglas. A mi madre la valoraba mucho y era muy considerado con ella, porque

le auguraba un buen futuro en su clínica. Todo iba bien hasta que se enteró de que tenía novio. En ese momento el giro fue radical.

La gente en Málaga le admiraba y le adoraba. La fama de don José llegó al resto de España, desde donde venían las mujeres a alumbrar con él. Hasta que llegó la guerra. Un día pasó el carruaje de don José por la calle donde vivía mi madre de soltera y volcó cerca de su puerta. La reacción instintiva de mi madre fue salir a ayudarlo. Luego le dijeron que había sido imprudente al ayudar a ese hombre porque podría tener enemigos. Mi madre fue siempre muy valiente a lo largo de toda su vida. Si tenía que asistir en un parto, no le importaba ponerse su cruz roja en el brazo y cruzar puentes desde los que se oían caer las bombas. A veces algún miliciano trataba de cogerla por el brazo y ella se soltaba de inmediato si notaba alguna mala intención. Además de bella, era muy graciosa, era el alma de cualquier reunión. Contaba sus experiencias en los partos algunos con final trágico, y de cómo el viudo ya buscaba seducirla estando tan reciente la muerte de su mujer. O en el mismo entierro encontrar la novia. Sabía alegrar las conversaciones para suavizar la amargura o la tristeza del momento.

Antes de partir para la Argentina recuerdo una visita que hicimos a una señora ya mayor que fue muy atenta con mi madre. Luego supe que era familia de los aviadores Carlos de Haya y García Morato, caídos en la guerra. Ambos se habían casado con dos hijas de D. José Gálvez. Esperábamos la carta de llamada de mi padre desde Buenos Aires que finalmente llegó.

Mi tío Pepe vino de Sidi Ifni para despedirse. Era muy buen cocinero en la Legión. Recuerdo cómo preparó aquella merluza enroscada, mordiéndose la cola, en una fuente adornada con mayonesa todo ello mezclado con las lágrimas de la emoción.

De cómo mi madre preparó el traslado a la Argentina no me enteré. Era tan dispuesta para todo. Pero lo peor fue despedirse de la abuela, Dña. Josefa, la gran pionera de la familia.

Algeciras-Santos-Buenos Aires

Paramos en una pensión cerca del puerto. Mi madre siempre pendiente de mí y de mi hermano.

Nos acompañaba mi abuelo que se perdía por los pasillos de la pensión donde nos alojábamos buscando nuestra habitación.

Llegó la mañana de la partida. Las maletas, los adioses, las emociones y por fin, el barco, blanco, imponente en el puerto de Algeciras. Era el Juan de Garay de la compañía Ibarra.

Embarcaba mucha gente, emigrantes para *hacer las Américas*. Teníamos un camarote para los tres y por el ojo de buey se veía la gente en el puerto.

Salimos a cubierta, sentimos la vibración que producían los motores mientras nos alejábamos de la ensenada. Poco a poco se fue empequeñeciendo el puerto con el abuelo, el gentío, las sirenas, y agrandándose cada vez más el océano, el horizonte.

Dejamos España para atracar en Lisboa donde embarcaron muchos portugueses, otra lengua, otras costumbres.

El océano se veía en los ojos de buey, alternándose con el cielo, de acuerdo con el balanceo del barco.

Al principio era bastante soportable, pero a veces el movimiento provocaba náuseas y malestar.

Los portugueses eran mayoría en el barco y por eso el bacalao no faltaba en la mesa cada día.